

Queridos hermanos y hermanas:

Me gustaría compartir con ustedes algo de nuestra vida comunitaria en los últimos tiempos, marcada por la crisis de la pandemia de COVID 19, cuyo comienzo coincidió exactamente con mi elección abacial (26 de enero de 2020) y la bendición que siguió (23 de febrero 2020), justo antes de la gran cuarentena que todos vivimos en Italia y en Europa.

Estoy haciendo mi "noviciado" como nuevo abad, en este momento particular nada fácil. Me hice muchas preguntas sobre estas coincidencias: ¡estas son las sorpresas de Dios! Debemos acogerlas tal como vienen. Pero debo decir que inmediatamente sentí una gran paz interior y confianza en Dios, el apoyo de mis hermanos, a pesar de los problemas y la fragilidad de nuestra comunidad, y las vicisitudes algo dolorosas que les contaré. Desde la fe no podemos hacer otra cosa que dar gracias al Señor.

Elección abacial. Como preludeo, es importante mencionar la visita regular que tuvimos en mayo de 2019, porque, al escuchar a los hermanos y con el discernimiento de los visitantes, se decidió que la elección abacial fuera en 2020, al final del mandato de Dom José como Superior ad nutum, antes del Capítulo general (aplazado posteriormente hasta 2021). Esta decisión representó un momento importante para nuestra comunidad y altamente significativo y simbólico. Después de tantos años, tuvimos un nuevo abad italiano, elegido entre los miembros de la comunidad. Esto ha sido posible gracias a la misericordia de Dios y la paciente y preciosa acción pastoral de Dom José con nosotros en los últimos años. Vivimos una hermosa experiencia de fe y de comunión fraterna, una renovada confianza mutua y la unidad de la comunidad. Todos nos sentimos dichosos y agradecidos por este don, como lo expresamos en los diálogos comunitarios y en los encuentros personales.

Pandemia. A principios del pasado mes de marzo, el hermano Vincent (81 años) cayó gravemente enfermo, dando positivo de Coronavirus y fue hospitalizado en la Policlínica de Tor Vergata en Roma, en la sección de Enfermedades Infecciosas. Su situación fue muy grave: tuvo bronconeumonía, crisis respiratoria en un paciente con cardiopatía y fragilidad en los bronquios y pulmones. Después de tres semanas comenzó a recuperarse de todo esto, dio negativo en el virus y respiraba bien sin ayuda, pero por desgracia su corazón no soportó el estrés y murió de una crisis cardíaca. Desde el día en que fue hospitalizado, ya no pudimos verlo ni escucharlo; solo obtuvimos información llamando a los médicos del hospital porque tenía que estar totalmente aislado. Murió solo, sin ningún consuelo religioso. Esto nos dejó muy tristes. Incluso después de su muerte, no pudimos verlo, ni bendecir su cuerpo, ni celebrar el funeral, ni siquiera acompañarlo al cementerio de Tre Fontane donde está enterrado. Eran los días más críticos de la pandemia y estaba prohibido salir de casa. Además, estábamos en "cuarentena" por este caso positivo en la comunidad. Tuvimos la experiencia directa de la muerte sin compañía y sin el mínimo de piedad cristiana: algo terrible que no es posible imaginar. En verdad, hemos compartido de cerca la experiencia de tantas personas y familias en las mismas condiciones. Sentimos una fuerte comunión en nuestra propia piel con lo que vivía toda la sociedad y no solo de oídas o leído en los periódicos.

Pero no terminó todo aquí. A principios de mayo, se descubrió que el hermano Marcos también dio positivo. Desde hacía tiempo tenía dolores intercostales y nuestra doctora lo envió a urgencias para que lo examinaran. Las dos primeras pruebas dieron negativo, el escáner de los pulmones no mostró nada anormal y los análisis fueron buenos. En la tercera prueba dio positivo. Estuvo bajo terapia y aislado en el monasterio

durante dos semanas, y luego, después de repetir todos los exámenes, fue dado de alta. Debo decir que todo esto nos pareció un poco extraño porque el hermano no mostraba nada de particular. En esta ocasión hicieron el test a toda la comunidad y resultó negativo.

A pesar de todo, la comunidad en general ha estado bastante tranquila. Psicológicamente, algunos hermanos mostraban un cierto temor a lo inesperado, bajo la presión emocional de lo que sucedía fuera y dentro de la comunidad. La vida regular continuó como siempre con su horario. La gracia de la conversatio monástica, con la alternancia rítmica entre el Opus Dei, el trabajo, la lectio divina y la vida fraterna fue nuestra fuerza y nuestro apoyo. Cerramos la iglesia, la hospedería y nuestra pequeña tienda. Esto nos llevó a una mayor radicalidad de nuestra separación del mundo, de la soledad y la quies contemplativa. La Semana Santa y el Triduo Pascual los vivimos con más recogimiento e intensidad. Yo, en las reuniones comunitarias les exhortaba a tener una mirada de fe sobre los acontecimientos y, también, sobre nuestros "miedos": "¡Dios nos cuida y continúa cuidando de nosotros!": ¡Ahora es el momento, más que nunca, de experimentarlo! Continué mis capítulos dominicales sobre el tema "Liturgia, belleza y sentidos espirituales" que había comenzado anteriormente. Me pareció importante que, precisamente, en este momento tan triste y, en cierto modo, "mortificante" y deprimente, se escuchara un recuerdo y una referencia a las raíces más profundas de nuestra existencia, de donde surgen pensamientos con cierto talante materialista científico y nihilista. ¡Todo lo verdadero es hermoso!

En este momento, intentando volver a la normalidad, hemos reabierto la tienda, observando las normas de seguridad. La hospedería permanece cerrada. Decidimos usarla solamente para algunos jóvenes con inquietud vocacional. Tenemos dos aspirantes que están haciendo una experiencia dentro de la comunidad (pero antes pasaron algún tiempo en la hospedería) y hay otros tres o cuatro esperando. El novicio, H. Mario, está a punto de concluir su segundo año de noviciado, y el hermano Emmanuel renovó por tercer año sus votos el pasado 13 de mayo. La mitad de la comunidad (compuesta de 14 hermanos) son personas mayores de 80 años, pero con buena salud y participando mucho en la vida litúrgica y comunitaria a través de diversos servicios según sus fuerzas (todos asisten a Vigilias).

Dom José se encuentra bastante bien y se quedará con nosotros hasta el próximo mes de noviembre. Necesita sus tiempos y sus ritmos, y nos ayuda en la formación.

Nuestro proyecto de traslado continúa poco a poco. El trabajo de restauración de la casa de Fano, detenido dos meses debido al coronavirus, se reanudó a principios de mayo. Los trabajos van a buen ritmo y esperamos que finalicen al final del verano. Queda el punto oscuro de la venta de Frattocchie que aún no ha tenido lugar. Encomiendo a vuestras oraciones esta intención.

Algunas reflexiones personales. Para quien tiene fe, nada sucede por casualidad. Para los que tienen un oído ejercitado en la escucha, Dios habla en la historia, en los acontecimientos. Covid 19 nos ha bloqueado a todos, también a los monjes: no por propia opción, sino por la fuerza de los acontecimientos. Donde el hombre no llega, Dios sí llega porque nos ama: "Rendíos, reconoced que yo soy Dios" (Sal. 45,11). En nuestra sociedad occidental respiramos una atmósfera demasiado frenética, estresada por el desgaste de los ritmos de la vida moderna. Me parece que esta "contaminación" también ha penetrado sutil e inconscientemente en nuestros monasterios. Pero, precisamente, en este período tan crítico y, de alguna manera, tan doloroso, hemos experimentado que, también en nuestros monasterios, podemos recuperar algunos de los valores esenciales de nuestra vida monástica y vivir con más intensidad, autenticidad, (diría también con más radicalidad) valores como la separación del mundo, la soledad, la clausura, reduciendo las salidas y ciertos contactos innecesarios, llevando un ritmo más tranquilo, menos apresurado, menos agobiante en el día a día. Debemos preguntarnos si realmente damos todo y lo mejor de nosotros, a nuestra vocación monástica contemplativa.

Vuelve a menudo la pregunta, que también yo me hago, sobre lo que estamos llamados a hacer, como monjes y monjas, en este momento y cuando la crisis haya terminado. Continuar creyendo en lo que la Constitución 31 nos pide: "La vida monástica fielmente vivida está íntimamente unida con el celo por la extensión del Reino de Dios. Los monjes llevan en el corazón esta solicitud apostólica." La vida contemplativa es su forma propia de participar en la misión de Cristo y de la Iglesia y de insertarse en la iglesia local. Seguir creyendo que "Con su vida monástica llevada con fidelidad, y por la secreta fecundidad apostólica que les es propia, sirven al pueblo de Dios y a todo el género humano."(Const.3)

Creo que todos nosotros, precisamente en este último período, experimentamos la sabiduría, la belleza y la bondad de la conversatio cisterciense; cómo apoyó nuestra vida personal y comunitaria: una vida oculta con Cristo en Dios, pero, precisamente por eso, muy fecunda en medio de una población sufriente y desorientada. Justo en esos días, un joven padre de tres hijos, amigo del monasterio, me dijo que el solo hecho de que nosotros, los monjes, estuviéramos aquí, con nuestra fidelidad en la oración, le hizo bien, le dio coraje en su fe y en su caminar. Es un testimonio que me conmovió y confirmó la importancia y la bondad de nuestra vida entregada a Cristo, en el corazón de la Iglesia y del mundo. Para mí, para nosotros, aquí se encuentra realmente todo nuestro "tesoro": Hermanos "este tesoro, lo llevamos en vasos de barro para que veamos que este poder extraordinario pertenece a Dios y no viene de nosotros. "(2 Cor 4,7).

En comunión de oración

Fr. Loris María

Frattochie, 11 de julio de 2020